

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA IMPORTANCIA DEL SÁBADO	2
3) JESUCRISTO, SEÑOR DEL SÁBADO	3
4) EL OCTAVO DÍA: LA RESURRECCIÓN.....	4
5) EL DOMINGO, “DIES DIERUM”, MANANTIAL DEL TIEMPO.....	5
6) CONCLUSIÓN.....	6
7) CONCRETANDO	6
8) PRÁCTICA FAMILIAR	6
9) PARA PROFUNDIZAR.....	7

TEMA 3. *La celebración del domingo en familia*

1) *Introducción*

En el primer relato de la creación (Gn 1,1-2,4) se nos narra que el Creador, al séptimo día, descansó de toda la obra que había hecho (Gn 2,2). ¿Por qué descansó Dios después de los seis días? ¿Estaba acaso cansado? ¿Necesitaba el Omnipotente tomarse un respiro después de semejante esfuerzo? El descanso de Dios encierra un mensaje importante para el hombre, creado a su imagen y semejanza.

Dios consagra el séptimo día y, haciéndolo, santifica el principio de la distinción entre el trabajo y el descanso. De este modo, la distinción es el principio de la santidad. *Qadesh* es la raíz del verbo “consagrar”, que significa separar, poner aparte, apartar. De este modo, Dios no solo crea, sino que también bendice y consagra. Son dadas tres bendiciones: dos para las criaturas, la tercera para el séptimo día: a los peces y a las aves para que sean fecundos (Gn 1,22); a los hombres para que sean fecundos y gobiernen sobre las demás criaturas vivientes (Gn 1,28); y el séptimo día, que no solo es bendecido, sino separado, consagrado, hecho santo (Gn 2,3).

Como afirma Juan Pablo II en *Dies Domini*: “El «descanso» de Dios no puede interpretarse banalmente como una especie de «inactividad» de Dios. El acto creador que está en la base del mundo es permanente por su naturaleza y Dios nunca cesa de actuar”.

La teología del séptimo día se presenta como el colofón de la doctrina de la Creación, como la clave de bóveda que permite comprender su significado a través de su fin, de su *telos*. ¿Para qué descansó el Creador? ¿En qué – o mejor, en quién pensaba – cuando contemplaba su obra y lo consideraba “muy bueno”?



El sábado fue un don singular de Dios al pueblo de Israel, una revelación que humanizó la vida del pueblo escogido. Los pueblos circundantes desconocían semejante práctica. En Babilonia, por ejemplo, el tiempo quedaba ritmado por el *sabattu*, un día nefasto o tabú que sucedía cada quince días. Comentan los historiadores, la sorpresa de los soldados romanos al conquistar Jerusalén y descubrir las maravillas de Israel. Se sorprendieron principalmente de tres cosas: a) que tuvieran un gran templo carente de toda imagen o representación, b) que tuvieran un mar en el que uno no se hundía, y c) que dispusieran de un día – el Sabbath – en el que no trabajaban.

2) La importancia del sábado

El sábado (Sabbat) es el séptimo día. En él, Elohim no solo ve algo bueno, sino que además lo bendice (junto con la vida y el hombre) y lo consagra (único). La raíz hebrea *sbt* significa cesar, terminar, descansar. La última “acción divina” es el reposo. Dios ya no habla sino que descansa mirando, viendo el todo.

El sábado es vivido por nuestros hermanos hebreos desde una espiritualidad “esponsal”. Se destaca así la intensidad sponsal que caracteriza, desde el Antiguo al Nuevo Testamento, la relación de Dios con su pueblo.

El sábado es el día que se ha de guardar y santificar. Lo primero indica la necesidad de celebrar o “hacer” (*asah*) el Sábado. Lo segundo, indica la consagración del Sábado: su existencia como un día para el Señor.

La Torah nos ofrece dos explicaciones del mandamiento relativo al sábado. Al comentar el Decálogo, tanto la escuela deuteronomista como la sacerdotal afirman la obligación de guardar el sábado, pero ofrecen motivaciones diferentes. El libro del Deuteronomio (Dt 5,6-21) fundamenta la interrupción del trabajo en la contemplación de la acción del Señor: es preciso descansar porque el Señor trabajó y liberó a Israel de la esclavitud en Egipto. Por otra parte, la tradición sacerdotal (Ex 20) conecta con el libro del Génesis (Gen 1,1-2,4) y funda el descanso humano en el descanso de Dios. “El séptimo día, Dios descansó. Por eso bendijo el señor el sábado y lo santificó.” (Ex 20,11).

De esta manera, la obligación de descansar cada siete días se explica desde el descanso del Creador y desde su providencia en Egipto. El criterio en ambos casos es la imitación de Dios. Como imagen divina, el ser humano ha de imitar siempre a Dios: como Origen y Creador, y como providente salvador (Filón de Alejandría). La santificación del sábado nos remite a los seis días de la creación y al séptimo día de la recreación al salir de Egipto.

En ambos casos, la justificación dada presenta el sábado como el remedio de la idolatría. Por una parte, esclavo en Egipto, Israel experimenta la esclavitud e idolatría del trabajo que le impide adorar a Dios y dejar que Él trabaje por ellos y los libere (Ex 6,9). Como afirma el biblista Paul Beauchamp: “El sabbat limpia el trabajo de la inevitable costra de idolatría que se haya podido depositar recientemente en él, a lo largo de los días. Como si no se tratara solo de liberar *del* trabajo, sino de liberar *el* trabajo”. El sábado se presenta, de este modo, como un “pequeño éxodo semanal”.

Por otra parte, después de la creación del mundo, el sábado permite contemplar lo creado desde el Creador. Creado a imagen de Dios, el hombre debe rechazar la tentación de la idolatría.



El sábado se presenta como la “firma” divina. El relato de Gen 1 señala que no basta con acabar la obra de los seis días: es preciso firmarla. De este modo, a través del sábado, Dios se distingue del “Dios naturaleza” que nunca se detiene en su actividad, y de los dioses ociosos de Babilonia. El Dios de Israel es santo: se detiene y deja su huella de santidad en todo lo creado.

Así entendemos que el sábado no es un elemento superfluo, un mero símbolo de la acción de Dios, o un recordatorio de la necesidad del culto. Su presencia en el tiempo de la semana es el hilo que conecta a Dios con su obra. Dios se detiene, se para con el fin de crear porque su acción no es mera fabricación, sino el establecimiento de una alianza. Al mismo tiempo, el hombre, su imagen debe trabajar -bendición divina- y descansar.

El Antiguo testamento insiste en la importancia del Sábado. Su olvido se menciona entre las causas del exilio (Neh 13,18). Los macabeos morirán por defender su cumplimiento (1Mac 2,32; 2 Mac 6,11). El Sábado está llamado a ser la delicia del hombre (Is 58,13-14), el día en el que el hombre se dedica a las cosas de Dios. El libro de los Jubileos (50,12) señala la pena de muerte para quien ayune en Sábado e insiste en la obligación de festejarlo.

Ya en el Antiguo Testamento, el séptimo día posee un sentido teleológico. Es el recuerdo del fin de la creación y el antídoto contra la idolatría. Se recuerda los *mirabilia Dei* – el descanso y la providencia divinos – para santificar la propia vida. La ausencia de trabajo recuerda la dignidad de la imagen divina. Dios descansó al contemplar lo creado desde la perspectiva del varón y la mujer, y vio que era muy bueno. De igual manera, el hombre – *imago Dei* – no vive para trabajar ni trabaja para vivir, sino para cultivar la tierra y apacentar la creación. Por otra parte, el descanso sabático manifiesta también la liberación de Egipto obrada por Dios y no por los ídolos, la providencia de Dios con el pueblo de Israel.

3) Jesucristo, Señor del sábado

La actitud de Jesús respecto al sábado no se explicita en el Sermón de la montaña. Jesús menciona las tres prácticas de oración, ayuno y limosna, y afronta los mandamientos negativos de la segunda tabla, relativos a la sangre (No matarás, Mt 5,21), el adulterio (Mt 5,27) y el juramento en falso (Mt 5,33). Finalmente Jesús discute otros tres preceptos de la Torah (divorcio, ojo por ojo, amor al enemigo), pero no menciona los primeros mandamientos relativos a la idolatría, el sábado y la honra a los padres.

La omisión de la idolatría en la Nueva Ley del Sermón de la montaña se puede explicar considerando el tiempo en que Jesús predica (no era necesario enfatizarlo dado que el culto idólatrico se había reducido), el énfasis del Sermón en las relaciones humanas, y sobre todo, las acciones de Jesús respecto al Sábado, que están íntimamente ligadas a la idolatría. Digamos por tanto que Jesús propone la renovación de los primeros mandamientos en el modo en que purifica y renueva el sábado.

En la vida de Jesús, la discusión acerca del sábado es una cuestión de vida o muerte. No se trata de un ritual más o simplemente de un simbolismo al que Jesús se enfrenta. El castigo por no guardar el sábado era la muerte por lapidación (Num 15,32-36; Ex 31,14). Además, los evangelistas coinciden en que por este motivo, por curar en sábado, tramaban matarlo.



De esta manera, la controversia sobre el sábado no es secundaria, sino que posee una relevancia semejante a la discusión sobre el templo y a su identidad como hijo de Dios. Jesús se pone en peligro de muerte para rescatar la verdad del sábado.

Así, por ejemplo, la curación en sábado del hombre con la mano seca (cf. Mc 1,21), muestra el antagonismo de Jesús con los fariseos, presente desde el primer momento. Aquí, como en los casos del paralítico (Jn 5,1-8) y del ciego de nacimiento (Jn 9), es evidente que no hay una urgencia por salvar la vida del enfermo ante un peligro inminente. ¿Por qué no esperó Jesús unas horas para evitar el problema? Nadie se estaba muriendo. ¿No habría sido mejor curar otros días? (Lc 13,14). El prodigio es un signo de que con Jesús ha llegado la Hora. Los fariseos habían generado la negación del sábado a través de la idolatría del sábado. Jesús afrontará el problema desde la pregunta por lo que está permitido (*exesti*) hacer en sábado para reconducir la cuestión a la autoridad y la finalidad del sábado (*exousia*).

Jesús cura para manifestar su poder y autoridad y para purificar el sábado de su esclavitud: “¿Qué está permitido en sábado? ¿Hacer el bien o el mal? ¿Salvar a uno o dejarlo morir?” Por supuesto, como cualquier otro día de la semana, solo está permitido hacer el bien, no el mal. Pero, en sábado está permitido omitir buenas acciones para respetar el sábado. Con su pregunta y su curación, Jesús suprime el espacio vacío y trabaja en sábado, rescatando su verdad.

En Mt 12, Jesús se presenta como el hijo del hombre que es Señor del sábado. Así se explica que los discípulos sacien su hambre con las espigas de trigo y la curación del hombre con la mano seca, que se compara con la oveja que cae en el hoyo. El sábado queda así relativizado y puesto al servicio de la dignidad de la *imago Dei*. Su cumplimiento es la ley de la caridad, pues Dios pide “misericordia y no sacrificios”

Jesús es el Sábado en persona, cumple el Sábado en su persona (cf. Chesterton, *El hombre que fue jueves*). Los primeros cristianos vivieron la tensión entre el sábado y el domingo. Buscaban integrar la purificación y la plenitud de Cristo, entre la tendencia marcionita (que rechazaba el Antiguo Testamento) y la judaizante (que no aceptaba el Nuevo) (Ratzinger).

San Ambrosio de Milán expresa con potencia la superioridad del domingo sobre el sábado, del octavo día sobre el sexto y séptimo: “Oh, Señor Jesús, soy más deudor de los ultrajes que has sufrido por mi redención, que no de tu poder para mi creación. Para nosotros habría sido inútil nacer, si no nos hubiera beneficiado ser redimidos” (Nihil enim nasci profuit nisi redimi profuisset)” (In Lucam II, 41). Con audacia afirma respecto al pecado original: “La culpa nos benefició más que lo que nos perjudicó, porque dio ocasión a la misericordia divina de redimirnos” (*Sobre la institución de las vírgenes*, 104). “Dios quiso que hubiese más hombres para salvar y a los cuales perdonar el pecado, que tener solamente al único Adán que quedase libre de la culpa” (sobre el Paraíso, 47).

4) El Octavo día: la Resurrección

Jesús purifica y lleva a plenitud el sábado con su muerte y resurrección. El nuevo significado del sábado se entiende a la luz del Triduo Pascual, en especial del Sábado santo, descanso de Jesús en el sepulcro, y providencia divina en el silencio.



Afirma Benedicto XVI: “Si se considera la importancia que tiene el sábado en la tradición veterotestamentaria, basada en el relato de la creación y en el Decálogo, resulta evidente que sólo un acontecimiento con una fuerza sobrecogedora podía provocar la renuncia al sábado y su sustitución por el primer día de la semana...Para mí la celebración del día del Señor, que distingue a la comunidad cristiana desde el principio, es una de las pruebas más fuertes que ha sucedido una cosa extraordinaria en ese día: el descubrimiento del sepulcro vacío y el encuentro con el Señor resucitado”.

El Tercer día. “Resucitó al tercer día, según las Escrituras” (1Cor 15,4). La expresión “el tercer día” indica una fecha según la tradición cristiana, que es primordial en los evangelios y se refiere al sepulcro vacío, al primer encuentro con el Resucitado. “Está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu.” El domingo es la conclusión del Triduo Pascual, que señala el ritmo de la creación: vida, muerte y resurrección (Ser, ser bueno, ser siempre, ley natural, ley escrita, ley del Espíritu).

El Octavo día inaugura un “tiempo espiritual” en la vida de Jesucristo, tiempo en el Espíritu, que trae consigo la “resurrección del tiempo” (J. Granados). Integra el sexto y el séptimo, el descanso y la providencia divinas, la ley natural y la escrita, en la ley del Espíritu.

El Primer día. Jesús es el “día que hizo el Señor”. El domingo es por ello el primer día de la semana, un nuevo inicio, una nueva creación que permite mirar el pasado y recrearlo retrospectivamente a la luz del fin de todo lo creado: desde el cuerpo resucitado de Cristo.

El domingo es el día del Señor Resucitado y el día del don del Espíritu. En él se vive una singular conexión entre la resurrección y la creación. Es el día de la “luz” de Cristo y del “fuego” del Espíritu. Es el día de la fe, un día irrenunciable en el que la familia, como Iglesia en miniatura es convocada con todas las demás familias en torno a la Eucaristía y es enviada a anunciar y testimoniar la vida del Resucitado.

5) El domingo, “dies dierum”, manantial del tiempo

Descansar significa tener presente. Si se sabe descansar, tenemos capacidad de percibir lo que permanece. Descansar no consiste en no hacer nada, sino que del descanso procede la verdadera actividad, que tiene su origen en la contemplación de lo eterno, en el contacto con lo que permanece. Descansar es volver la mirada a Dios, al eterno, al que permanece en el tiempo y nos da el sentido del mismo. Por eso el domingo es el día del Señor. La resurrección de Jesús está en el centro del misterio del tiempo. Como sugiere una homilía de un autor del siglo IV, “el día del Señor” es el “señor de los días”.

La oración y los sacramentos, singularmente la Eucaristía dominical no limitan nuestros tiempos sino que los generan. En el diálogo con Cristo aprendemos que las horas, los días y los años valen porque el Padre quiere darnos sus dones a través de ellos y nos va disponiendo a recibir siempre dones nuevos. Quien reza y celebra el domingo y la Eucaristía no tiene menos tiempo sino mejor tiempo.

a. El domingo es el día de la memoria filial, el día por antonomasia del perdón. El hombre redimido, es el descanso del Padre. San Ambrosio muestra el



vínculo entre el descanso de Dios y el perdón recibido en Cristo Jesús: "Agradezco al Señor Dios nuestro que ha creado una obra tan maravillosa en la cual encontrar su descanso. Creó el cielo, y no leo que haya descansado; creó el sol, la luna y las estrellas, y no leo que ni siquiera entonces haya descansado; pero leo que ha creado al hombre y que en ese momento descansó, al tener un ser al que perdonar los pecados" (Hexamerón, IX, 76)

b. El domingo es también el día de la promesa en el presente. El «hoy» abarca todo el tiempo de la Iglesia. Por ser esto así, la liturgia cristiana no es sólo algo que apunta al pasado, sino que se vive en contemporaneidad con lo que es fundamento de la propia liturgia. La celebración no es sólo un rito, no es sólo un «juego» litúrgico, pues quiere ser culto razonable (*logike latreia*), transformación de mi existencia en dirección al *logos*, simultaneidad interna entre mi yo y la entrega de Cristo.

c. El domingo, es finalmente día de una nueva fecundidad. En la celebración de la Eucaristía somos incluidos en el gran proceso histórico en el que el mundo avanza hacia la promesa de que Dios será todo para todos. En este sentido, la dinámica escatológica de la liturgia nos invita a dirigir nuestra mirada hacia la venida definitiva del Señor. La plenitud de Cristo, de la que hablan las cartas de la cautividad de san Pablo, se hace realidad y, sólo así, se consuma el acontecer pascual a través de la historia, el «hoy» de Cristo perdura hasta el final (Heb 4,7ss).

6) Conclusión

El domingo entraña una radical novedad en cuanto que la Resurrección de Cristo ha transformado la entera historia humana. La celebración el domingo se encuentra en el corazón de la vida de la Iglesia. La Eucaristía, fuente y culmen de los sacramentos, es celebrada ininterrumpidamente por la Iglesia en sus XXI siglos de historia para actualizar el acontecimiento central de la historia de la salvación.

La recuperación del domingo en la vida de la Iglesia se presenta como un requisito indispensable para la Nueva Evangelización. Construir una cultura de la familia y una cultura que permita al hombre acceder más al ser exige la apertura de un espacio para recordar la acción del Señor, descansar, y descubrir su presencia providente. Como ha señalado Benedicto XVI, la defensa del domingo es la defensa de la libertad humana. La vida de las familias cristianas ha de estar ritmada por la celebración del día del Señor. Aprender a vivir desde él y hacia él es lo que sostiene e impulsa a las familias a testimoniar el amor de Cristo.

7) Concretando

1. ¿Qué importancia tiene el sábado en la religión judía?
2. ¿Cómo celebras el domingo en familia?
3. ¿Es la Eucaristía el centro de vuestra jornada dominical? ¿Cómo?
4. ¿En qué sentido el domingo genera tiempo?

8) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.



Primer trimestre: Mejorar o implementar las celebraciones de los cumpleaños y los santos.

9) Para profundizar

JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini* (31.05.1998)

http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1998/documents/hf_jp-ii_apl_05071998_dies-domini.html